

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

MATIAS RAFIDE

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

¿Quién soy?

Nunca supe por qué mi padre atravesó océanos y cordilleras para venir a establecerse en Curepto, valle lejano y desconocido, situado entre serranías intermedias, casi a orillas del río Mataquito.

Es apenas un adolescente cuando deja Jerusalén, en compañía del bisabuelo Marcos y ya sobre el cielo huracanado del Viejo Mundo se alzan las sombras fatídicas de los Jinetes del Apocalipsis, precursoras de la Primera Guerra Mundial.

En 1914 Salomón Rafide se encuentra en Chile y labora en el comercio, mientras la abuela espera el momento propicio para emigrar a América.

Mi madre, Emilia Batarce, de origen betlemita, llegó al país siendo una niña. Conoció a mi padre en Curicó. Allí se casaron y luego vivieron toda su existencia en Curepto, con esporádicos viajes a Santiago y ciudades de la zona central.

Ambos se sintieron estrechamente unidos a la tierra de adopción y antes de morir, tenían un solo pensamiento: seguir allí después de muertos en el pequeño cementerio pueblerino. Y es que Curepto aprisiona con sus invisibles redes de nostalgia. Hace algunos años escribí unos versos ingenuos que expresan esta realidad.

*“Curepto es una torre encadenada
en medio del silencio de mi valle.
El viento enreda palmeras en sus calles
que se empinan al cielo como un puerto.*

*Isla de luz y de nostalgia
mecida entre un azul y hondo anillo.
Surcado de rosas y camelias
sueñas rutas de amor y de infinito”.*

.....

Ahí nacimos nueve hermanos —Elena, Matilde, Fuad, Berenice, Nelly, Ana, Isabel, Galide— que con el transcurrir del tiempo han tomado diversos caminos. Pero un secreto impulso nos impele a regresar a la tierra soledosa. Por eso nos

reunimos en cada Navidad para compartir y recordar sueños y fantasmas de la vieja casona.

II. Los primeros estudios los realicé en la Escuela Parroquial —hoy desaparecida— y en la Escuela Pública dirigida por don José Gil Aguayo, un auténtico maestro que nos enseñaba música y fervor patriótico, al compás de un viejo violín.

Recuerdo a mi profesor don Arturo Castro Vergara, hombre severísimo. Nos daba notables lecciones e inolvidables palmetazos. En cierta ocasión tomó mi cabeza y la acercó violentamente a la de otro compañero, haciéndolas rebotar como dos nueces crujientes, lo que nos significó sendos ojos amoratados y enormes. Tal vez creía en el adagio de que “la letra con sangre entra”.

De aquellos lejanos días de la infancia conservo nítida visión de los aniversarios de nuestra Independencia Nacional. No tanto la de los actos escolares, donde casi siempre algún muchacho recitaba con voz estentórea, el gesto estereotipado y las manos firmemente pegadas al pantalón: “¡Ciudadanos qué nos une en este instante / quién nos llama, encendidas las pupilas y frenéticas las manos”!, tratando tal vez de que lo oyera el propio

Víctor Domingo Silva, o la recitación de aquel niño a quien apodábamos “el diuco” que apostrofaba “¡Oh sol de septiembre”!, mientras una copiosa lluvia caía implacable sobre las cabezas de los pocos espectadores que aún permanecían estoicamente en el patio de la escuela.

Luego venían competencias criollas, como la del palo encebado. Y qué decir de la lucha romana (así denominábamos una especie de lucha libre) donde lidiábamos con otro compañero el cual ganaba casi siempre y yo lo atribuía al hecho de ser su padre presidente del jurado dispensador de los premios.

En una época sentí afición por el box. Un ciudadano alemán estableció una academia de boxeo y convenció a mi progenitor de que me matriculara en ella y un par de veces por lo menos participé en combates de la categoría infantil, espectáculo que se realizaba en el vetusto edificio de don Emiliano Valenzuela. Era ésta una construcción ruinoso, carente de las mínimas condiciones de seguridad e higiene ambientales y en más de una oportunidad se desprendieron del techo y las murallas, ladrillos y piedras que hirieron a los asistentes.

Entre los esparcimientos favoritos estaban las carreras a la chilena. Apostábamos algunos centavos a los caballos predilectos. Si teníamos la suerte de ganar compartíamos jugosas empanadas y refrescos con hermanos y amigos, de lo contrario regresábamos cabizbajos a nuestros hogares.

Otra de las aficiones era la de organizar peleas infantiles, en las que desempeñaba el papel de promotor y árbitro. En cierta oportunidad dirigía el encuentro donde participaban dos hermanos: un hombre y una mujer, ésta de complexión más robusta, aunque de menor edad. Finalizada la lid, mi hermano resultó bastante vapuleado y con lágrimas en los ojos. Con el fin de balancear psicológicamente el ambiente, opté por declarar el empate.

Casi todas las tardes subíamos con amigos a un pequeño cerro llamado "Las tres lomas". Desde allí nos deslizábamos en carretoncitos de madera, dotados de frágiles ruedas, que al adquirir velocidades imprevistas nos dejaban muy lejos de nuestro destino.

Estos hechos hicieron pensar a mi padre que de seguir en tales entretenimientos, no llegaría a ser un hombre de provecho.

III. En estas circunstancias fui enviado al Instituto San Martín de Curicó en cuyo establecimiento cursé desde la cuarta preparatoria hasta el cuarto año de humanidades. Allí escribí mis primeros bocetos literarios.

Por entonces confeccionaba unas cuartillas o historietas ilustradas que hacía circular entre los internos, sobre todo en las tediosas horas del estudio vespéral. Mis condiscípulos esperaban con interés cada semana la continuación de las seriales fantásticas.

De vez en cuando escribía también libretos con pretensiones de pequeñas obras dramáticas, incluso representamos algunos en nuestra casa ayudados por hermanos y amigos en calidad de actores invitados.

Aún conservo, en un desvencijado baúl, el deslucido cuaderno de las primeras composiciones poéticas. Una dedicada al director del colegio en el día de su onomástico. Qué feliz e importante me sentí al ver mi nombre en el programa de homenaje. Luego de recitar, mis compañeros empezaron a llamarme "el poeta".

El diario "*La Prensa*" de Curicó publicó mis

primeros poemas y desde entonces he mantenido cordiales vínculos con esa empresa periodística.

Casi al finalizar el cuarto año de humanidades entré al seminario San Pelayo de Talca, creyendo que mi vocación era el sacerdocio. Participé en sus aulas en concursos de poesía y cuento y obtuve algunos premios, no sé cómo porque eran de verdad malísimos.

En 1947 la comisión organizadora del Congreso Mariano de Curicó convocó a un certamen literario con tema dedicado a la Virgen. Concurse con algunos poetas adultos y tuve una inmensa alegría al saber que había obtenido el primer premio. Presidió el jurado don Juan Quiroz, sacerdote boliviano quien actualmente ejerce la crítica literaria en el diario "*Presencia*" de La Paz y dirige la Academia Boliviana de la Lengua.

Terminada la Enseñanza Media ingresé al Seminario Pontificio de Santiago, a la sección de filosofía, retirándome de ese centro religioso-cultural cuando cursaba el tercer año de teología.

En dicho Instituto Superior participé en la Academia Literaria, recibiendo sabios consejos del meritorio poeta Francisco Donoso, capellán de las monjas de la Providencia.

Convencido, sin embargo, de que mi verdadera vocación no estaba en el sacerdocio sino en la docencia, abandoné el seminario con honda nostalgia y evidente disgusto de Monseñor Manuel Larraín, obispo de Talca y del rector don Emilio Tagle.

De esta manera inicié los estudios de pedagogía en Castellano en la Universidad Católica de Chile. Durante los cinco años de permanencia en calidad de alumno, tomé parte en dos concursos de poesía, convocados por la Federación de Estudiantes de esa casa de estudios. En ambas oportunidades logré el primer premio. La recompensa era una exigua suma de dinero, pero el galardón máspreciado consistía en coronar a la reina de la Semana Universitaria, acontecimiento que se realizaba con gran pompa en el teatro Municipal de Santiago. Al obtenerlo por segunda vez, me impuse del resultado horas antes del acto, por lo cual debí conseguirme a toda prisa, un traje oscuro, como lo exigía el riguroso protocolo de las fiestas.

IV. Al comienzo de mi vida universitaria conocí a numerosas literatos: a Benedicto Chuaqui, escritor y mecenas llegado de Homs, Siria, quien

había hecho de Chile su patria definitiva. Como le manifestara el deseo de conocer a Luis Durand, Luis Merino Reyes y a otros autores chilenos, me invitó a cenar al Club Sirio. Allí en torno a una succulenta mesa árabe, reunió a connotados amigos. Supe de las anécdotas y de la amena conversación de Durand, de la sapiencia de Eleazar Huerta y la ironía de Merino Reyes, etc.

Chuaqui me brindó especiales muestras de amistad, aunque en el prólogo a "*La Noria*" vertió conceptos quizá un poco acerbos. Enrique Curry, un joven estudiante aficionado a la música y al ensayo, escribió un artículo en "*Las Ultimas Noticias*" sobre el libro, donde hizo cierto alcance a la "incomprensión" del prologuista. Benedicto Chuaqui, sumamente airado, me interpeló diciendo que los originales que yo le había presentado no eran exactamente iguales a los poemas publicados. En verdad yo los había sometido a una cuidadosa depuración, ejercicio intelectual que realizo habitualmente. Pero el autor de "*Memorias de un emigrante*" estimó que le había hecho una mala jugada.

Ilustraron "*La Noria*" Andrés Sabella, Francisco Donoso y Mirka Arriagada.

V. En el verano de 1951 un grupo de jóvenes y amigos de la cultura árabe hicimos una gira cultural por el centro y sur del país. Enrique Cury dio conciertos, Matilde Sotomayor recitó poemas de "*La noria*"; Jorge Dager, un exiliado político venezolano, ofreció conferencias. Posteriormente ha ocupado un lugar relevante en la vida cívica de ese país hermano.

En la década del 50 trabé amistad con poetas que hacían del antiguo café "Iris", el centro de la bohemia literaria: Víctor Castro, Andrés Sabella, Hugo Goldsack, Mario Ferrero, Irma Astorga, Stella Díaz Varín, etc.

VI. Mientras estudiaba en la Universidad Católica —de 1951 a 1956— di clases en la Escuela Granja de Colina. Adquirí una experiencia inolvidable al contacto con los pequeños "pelusas" —niños misérrimos— que reclutaba el padre Alberto Hurtado en los suburbios santiaguinos.

En el Instituto Pedagógico de la U. C. realizamos diversas actividades culturales: charlas, recitales, etc. Uno de los actos más memorables, organizado por mis compañeros, con profusión de carteles y propaganda, en el Salón de Honor de la

Casa Central, se vio realizado con la presencia del prorector Monseñor Enrique Valenzuela. Allí hablaron Enrique Cury y Víctor Castro. Los actores Monserrat Julió y Jorge Alvarez recitaron mis poemas y el pianista Alfonso Boegels interpretó composiciones al piano.

Durante la etapa de estudiante di a la publicidad tres libros de poemas "*La Noria*", 1950, "*Ritual de Soledad*", 1952; "*Itinerario del olvido*", 1955, y la primera edición de "*Literatura Chilena*" (Apuntes Elementales), 1955. Tuve excelentes maestros y aún con el riesgo de omitir involuntariamente nombres valiosos cito algunos: el padre Alfonso Escudero, catedrático cultísimo, aunque algo atrabiliario. No simpatizamos mucho al comienzo, pero con el correr del tiempo fuimos grandes amigos. En su calidad de profesor de literatura chilena dirigió mi memoria para optar al título de profesor de castellano; don Miguel Anabalón; don Raúl Mardones, que me hizo sufrir con su gramática sistemática y a quien llamabamos Atila, por ser el rey de los unos; el Pbro. Pascal Defosse, notable profesor de filosofía, el padre Agustín Martínez, de gran talento humanístico y filosófico y el Dr. Raimundo Kupareo, introductor en Chile de las

modernas teorías estéticas. Tuve el honor de ser uno de sus primeros ayudantes y profesores auxiliares en la asignatura de estética; Hugo Montes, Angel Custodio González, Roque Esteban Scarpa, doña Eugenia Alliende, mujer profundamente humana y sensible, cuyas clases de composición y estilo se transformaban en emotivas disertaciones sobre el amor, y así muchos otros para quienes guardo imperecedera gratitud.

Entre 'os compañeros de curso o de años muy próximos recuerdo a: Sergio Mellado, poeta nostálgico y conversador infatigable. Un día nos avisaron que había sufrido un terrible accidente al tratar de subir a un tren en marcha. Perdió su brazo izquierdo; este hecho lo marcó para siempre. De natural optimista, se volvió amargo y melancólico. Antes de este percance infausto nos pasábamos largas horas en cafés y fuentes de soda en ameno coloquio sobre poesía y política, sobre lo humano y lo divino. Y como vivíamos en modestas pensiones nos ayudábamos fraternalmente. En cierta ocasión en que debíamos ir a un baile vino a la residencia donde yo ocupaba una pequeña habitación para ayudarme a desarrugar el único tra-

je más o menos presentable que tenía. Lo hizo con perfección envidiable, pero como no cabíamos los dos en la minúscula pieza, mientras él planchaba, yo debía permanecer afuera.

Sergio Mellado murió en 1970. He recogido su obra y su nombre en la antología de *"Poetas de la Región del Maule"*.

Otros condiscípulos fueron su primo Jorge Mellado, residente en Venezuela. Allí goza de consideración intelectual y económica. Un hombre cabal. Pedro León, cuya voz de barítono deleitaba nuestras fiestas estudiantiles, desaparecido hace un par de años, después de haber sido rector del Liceo N° 8 de Santiago; Antonio Avaria, cuentista, autor de "Primera Muerte", etc.

Nuestro curso era pequeño, pero muy unido. Ibamos a todos los actos y recepciones en grupo. Hacia 1954 —si no me equivoco— se realizó un concurso nacional de poesía. Los poetas seleccionados o semifinalistas, como se diría hoy, leíamos en la Casa Central de la Universidad de Chile. El día que me tocó el turno de lectura, una nutrida concurrencia de condiscípulos premió con aplausos mi intervención.

VII. Por esos años hacía intensa vida literaria y participaba en entidades y asociaciones culturales. Cuando Benjamín Morgado creó la Asociación de Escritores Americanos, tomé parte activa en ella y fui uno de los primeros directores, bajo la presidencia del ilustre poeta Jorge Hübner Bezanilla, cuyo anhelo de perfección estética hacía que corrigiera sus poemas una y otra vez. Mantuvimos una noble amistad, como de maestro a discípulo. Me alentó muchas veces. En su departamento, donde reinaba el orden y la distinción, me leyó sus poemas, solicitándome mi parecer lo que consideraba un rasgo de modestia incuestionable, tratándose de un escritor consagrado y yo un joven poeta universitario. Pasaron los años y me alejé de la Asociación de Escritores Americanos, cuya presidencia perpetua ha ocupado Benjamín Morgado. En las actividades de la SECH sólo he participado esporádicamente en encuentros literarios o en época de elecciones.

Inicié mis comentarios sobre libros y autores en "Las Últimas Noticias", siendo director ese gran periodista y hombre de letras llamado Byron Gigoux.

Faena que he continuado por treinta años en

diarios y revistas de provincia, especialmente en "La Prensa" de Curicó y en "El Heraldó" de Linares.

En 1953 al cumplirse el cincuentenario de la muerte de Pedro Antonio González, se programaron diversos homenajes en su memoria. Sin duda el más sobresaliente fue el que organizamos en Curepto. Durante tres días reunimos a una veintena de poetas, escritores y periodistas. Asistieron Juvencio Valle, Francisco Santana, Luis Sánchez Latorre, Edmundo Concha, Luis Cerda Barrios, Julio Moncada y una hermana del poeta, etc. La jornada resultó inolvidable. Era quizá la primera vez que un pueblo izaba sus banderas en homenaje a un escritor.

En mi juventud participé en una decena de certámenes de poesía, especialmente en las antiguas fiestas de la primavera. Obtuve algunos premios en varias ciudades del país. Hacia 1952 ó 1953 escribimos un poema con Enrique Cury y lo enviamos a Cartagena. Conseguimos el primer premio, pero nunca cobramos el dinero.

Al finalizar los estudios universitarios un profesor propuso a la comisión respectiva que se me eximiera del trámite de la memoria de título, por

cuanto tal exigencia se hacía con el fin de apreciar la capacidad de trabajo y de investigación del postulante y yo ya lo había demostrado, según él, al publicar cuatro libros. Sin embargo, tal proposición fue rechazada. Entonces el padre Escudero me sugirió una memoria sobre "Jorge González Bas-tías".

Después del examen de grado ante una comisión integrada por el Dr. Raimundo Kupareo, Hugo Montes, don Raúl H. Mardones y el padre Escudero, me convertí en flamante profesor de castellano. A la salida del recinto y luego de las felicitaciones de rigor, el decano P. Raimundo Kupareo, me ofreció la ayudantía de su cátedra de estética, iniciando el largo camino de la docencia universitaria. En ella tuve excelentes alumnos como Iván Ivelic, uno de los fundadores del Instituto de Estética de la Universidad Católica.

A mediados de 1956, al crearse el Liceo Nocturno N° 2 de Santiago, me inicié en el magisterio fiscal. Dicté, además, clases en el Liceo Carlos Casanueva, Colegio Hispanoamericano, Colegio Suizo y Liceo Enrique Valenzuela de Santiago.

Poco antes de obtener el título profesional había ganado un concurso de horario completo en

el Liceo de San Javier al cual renuncié al ser designado profesor ayudante de estética en la Facultad de Filosofía y Educación de la U. C.

VIII. En septiembre de ese año viajé a España becado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, con el fin de seguir los cursos del doctorado en la Universidad Central. Fui alumno de don Joaquín de Entrambasaguas, eminente catedrático erudito en Lope de Vega y Juan Ramón Jiménez; de Carlos Bousoño en cuyas clases expuso su "Teoría de la Expresión poética", constituyéndome en uno de los divulgadores en Chile de esta corriente de la estilística contemporánea; don Francisco Maldonado de Guevara, don Luis Morales Oliver, director de mi tesis doctoral, quien recitaba de memoria larguísima textos de poesía durante las clases, etc. Todos ellos conformaron el tribunal de tesis, acontecimiento que se realizó con gran solemnidad. En Madrid publiqué "*Fugitivo Cielo*", con prólogo de Joaquín de Entrambasaguas, y que obtuvo el premio de creación artística en el Colegio Mayor Hispanoamericano Ntra. Sra. de Guadalupe conjuntamente con el

pintor peruano Francisco Espinoza Dueñas, autor de unos bellos murales en esa ciudad española.

Recorrí parte de España, Francia, Suiza, Italia, Portugal y Marruecos, visitando los lugares más atractivos para el arte y la cultura. En el Ateneo de Madrid ofrecí una lectura de poemas, antecedida por una presentación de Antonio Amado, un hombre versado en artes y letras. Allí también conocí a poetas como Leopoldo Panero, José María Souvirón, Luis Rosales y José García Nieto. Entre los chilenos cabe citar a Edmundo Caríkeo Vega, a quien he vuelto a encontrar después de mucho tiempo convertido en el cuentista y ensayista Matías Cardal, seudónimo que adoptara en recuerdo de esos años madrileños.

IX. A mi regreso a Chile retomé la cátedra de estética en la Universidad Católica en calidad de profesor auxiliar y el Colegio Suizo de Santiago. Al año siguiente fui designado profesor del Liceo de Niñas de Rancagua, desde donde viajaba dos veces a la semana para atender las clases universitarias. A comienzos de 1959 publiqué una nueva edición ampliada de mi *"Literatura Chilena"*, que atrajo las iras de Pablo de Rokha por algunos

conceptos no muy halagadores para el autor de "Morfología del Espanto", y quien, según algunos poetas jóvenes como León Ocqueteaux, me buscaba para propinarme una paliza y no precisamente literaria.

Durante mi corta permanencia en Rancagua mantuve amistad con "Los Inútiles", es decir, con los sobrevivientes de aquel histórico grupo fundado por Oscar Castro hace muchos años. Me dieron su afecto Félix Miranda Salas y Raúl González Labbé, hombres que con admirable tesón sacuden la modorra cultural de la provincia. Casi veinte años más tarde me incorporé oficialmente a ese cenáculo fraterno. En Rancagua conocí también a Ana Walmi Cuadra Reynaud, con quien contraje matrimonio en 1960.

En marzo de 1959 viajé a Antofagasta contratado por la Universidad del Norte para dirigir la Oficina de Prensa y Relaciones Públicas y para dictar las cátedras de literatura chilena, estética, literatura hispanoamericana y literatura española moderna y contemporánea. Era rector José Claps, un sacerdote jesuita dinámico e incansable, hombre de firme voluntad e inflexible exigencia. Además de las actividades señaladas, dirigí durante al-

gunos meses el Cine-Club y la primera Escuela de Temporada de Calama, realizada en julio de ese año.

Antofagasta, donde permanecí de 1959 a 1961, me brindó la grata oportunidad de alternar con Andrés Sabella y Mario Bahamonde, rector del Liceo de Hombres y el Dr. Antonio Rendic, poeta de origen yugoslavo conocido como Ivo Serge. Acudí un par de veces a su consulta y entre una auscultación y otra recitaba poemas de estilo tradicional. Un hombre sencillo y generoso.

En 1961 llegó a la Perla del Norte, Carlos Sander para dirigir "El Mercurio" de Antofagasta.

Los años vividos en esa ciudad progresista y visionaria han sido tal vez los más hermosos de mi vida. Tuve excelentes colegas en la Universidad. Con Jorge Mellado y Ernesto Vásquez formábamos un trío inseparable en todo acto cultural o en reuniones de simple camaradería y convivencia.

En 1960 asumió la rectoría el padre Francisco Dussuel, crítico literario y concertista en órgano, charlador ameno y buen amigo, no obstante lo variable de su temperamento.

Al cumplirse un decenio de la publicación de "*La Noria*", se realizó un acto académico en el

salón de honor de la Municipalidad antofagastina. Disertó sobre mi labor poética el inolvidable amigo y gran escritor nortino Mario Bahamonde; recitaron mis poemas, Marina Teresa Castro y Juan Antonio Martínez. Estaban presentes Andrés Sabella, Lautaro Yankas y numerosos colegas y alumnos que desbordaron el recinto municipal.

A mediados de 1960 publiqué "*El Corazón Transparente*", con prólogo e ilustraciones de Andrés Sabella y bajo el sello de la colección "Hacia". Con Andrés y otros amigos celebramos la aparición del libro con abundantes trozos de filete de albacora y chispeante vino, al calor de largas horas de alegría y amistad en uno de los restaurantes típicos, frente al mar.

X. En enero de 1961 nació en Rancagua mi primer hijo —Ricardo Emilio—, a quien dediqué "*Soneto a mi Hijo*".

"Tu sonrisa es un río apasionado,
gota de Dios, minúsculo latido.
Ángel en un espejo detenido
y al borde de la rosa encadenado.

Rama de luz nacida en mi costado,
árbol de sangre al fin ya desprendido.
Rojá semilla en cauce enardecido
y ola celeste en mar enajenado.

Tu sueño es una flauta pensativa
en plenitud de muerte derrotada.
Resuelto enigma de ala fugitiva,

el vuelo de mi carne derramada.
Hondo viento navega cielo arriba,
mientras tu amor me salva de la nada”.

El tiempo que permanecí en la encantadora ciudad de cobre y sal ha sido una de las etapas más bellas de mi vida, pero también una de las más tristes. Allí supe de la muerte de mi primer hijo, suceso que me inspiró: *“Pequeña Elegía a la Muerte de mi Hijo”*.

“Apenas tu sonrisa fugitiva
fue una sombra de luz sobre la tierra,
un agua detenida antes que el río
esculpiera en el mar su muerte lenta.

Equivocado azar de luna o niebla
es el húmedo espejo de los sueños.
Y mi rosa, hoy pavesa solitaria,
en la fatal orilla del silencio.

La tristeza me acosa como un grito
en ciega violencia desatada.
Tu recuerdo es un ansia, un pez vencido,
y mi sangre, un volcán que no se apaga.

Polvo errante en cósmico desvelo,
rueda en el aire denso tu latido.
Cruza tu oscura muerte a borbotones
en un frenético otoño submarino.

Camino sin tus ojos, sin tu cuerpo,
delicada figura de ángel hondo,
y en la áspera noche sin sentido
soy un árbol desnudo, ausente, solo”.

Entre tantos amigos en ese luminoso puerto
nortino no puedo olvidar a don José Giacamán,
vice-cónsul de Jordania, quien sentía como propio
cualquier pequeño triunfo que yo obtuviera.

XI. En septiembre de 1961 viajé de nuevo a Europa, primeramente a España donde obtuve una segunda beca. Seguí estudios de estética y literatura en la Universidad Central y los cursos de lengua y literatura que impartía el Instituto de Cultura Hispánica en el VI curso para profesores latinoamericanos. Volví a encontrarme con antiguos profesores como Carlos Bousoño, Juan Antonio Gaya Nuño quien nos diera magníficas lecciones de historia del arte español y muchos otros. Por segunda vez estuve en la residencia del Colegio Mayor Hispanoamericano Ntra. Sra. de Guadalupe.

Compartí con estudiantes y postgraduados de todas las latitudes; latinoamericanos, filipinos y españoles. Entre tantísimos nombres, evoco al poeta Hugo Zambelli, que permaneció largos años en España, nunca asistió a ninguna Universidad, pero escribió y vivió intensamente. Era un personaje simpatiquísimo con su espigada figura y un imponente mostachón; Alfredo Lefebvre, crítico y ensayista, inteligente, mordaz y bohemio. Vivió en Madrid la adolescencia que no había tenido; yo era por entonces bastante frugal en la bebida, pero Alfredo me rogaba que lo acompañara a compartir

el delicioso coñac y los exquisitos “pollos a la petitoria”. Lefebvre arrendaba un pequeño departamento situado en el ático de un céntrico edificio. En la víspera del Año Nuevo de 1962 dio una gran fiesta a sus amigos chilenos. Asistieron Santiago del Campo, Gonzalo Orrego, Gabriela Roepke y la actriz Nelly Meruane.

Cada año los estudiantes chilenos realizan una semana de difusión cultural. Uno de los actos más curiosos consistió en una conferencia de Lefebvre sobre su libro “Artículos de Malas Costumbres”. La charla causó escándalo y estupor entre los chilenos que llenaban el salón de honor del Instituto de Cultura Hispánica, especialmente entre las damas que no quedaban bien en estos originales e incisivos artículos de costumbres.

XII. En la primavera madrileña apareció “*Tiempo Ardiente*”, con prólogo de Alfredo Lefebvre. Obtuvo el primer premio de poesía del Colegio Mayor Hispanoamericano, distinción otorgada por un jurado compuesto por José García Nieto, Luis Rosales y Antonio Amado.

Una de las cosas más agradables en Madrid era sin duda concurrir a la sede del Instituto de

Cultura Hispánica a conversar un café o un coñac con compatriotas y amigos. Diariamente a las cinco de la tarde, se reunían funcionarios del Instituto, como los importantes poetas Leopoldo Panero, Luis Rosales y José María Souvirón, dos de ellos ya fallecidos, de quienes recibí estímulo y afecto. Otro escritor al que visitaba con frecuencia era José García Nieto, vate que encabezara en la década del 40 la corriente garcilacista en la lírica hispánica. Por ese tiempo conocí también a varios colegas extranjeros; el poeta y ex-diplomático boliviano Luis Felipe Lira Girón, recitador de voz engolada y solemne, a Saúl Tovar, argentino, profesor de filosofía y ensayista, etc.

Al finalizar el año académico viajé a Perugia (Italia) para seguir durante algunos meses los cursos de lengua y literatura italiana. Esa bella ciudad, situada en el corazón de la Umbría, es un museo viviente de arte e historia.

Más tarde seguí viaje a Egipto, becado por el Ministerio de Educación de la República Árabe Unida. Al llegar a Alejandría, me pareció estar en otro planeta. Después de unas horas en tren, llegamos —con mi esposa y mi pequeña hija— a la estación de El Cairo, frente a la cual se levantan

colosales figuras escultóricas de un pasado esplendoroso. En El Cairo, gocé de una beca, si es que se puede llamar así a una cantidad de dinero que apenas alcanzaba para los elementales requerimientos de alquiler y alimentación.

Realicé, durante un año, estudios de literatura árabe en la Universidad de El Cairo y de idioma árabe en el Instituto Superior de Lenguas. Allí me di cuenta que nuestro país era absolutamente desconocido. Ni siquiera sabían que hablábamos español y muchos lo situaban cerca de Australia. En los medios más cultos se hablaba de Pablo Neruda y nadie más. Hice amistad con unos estudiantes congolese, personas muy inteligentes y que hablaban un delicioso francés.

Lo tradicional y moderno se dan la mano en las calles de la capital cairota. A pocos kilómetros de la Universidad se encuentran las famosas pirámides de Cheops, Chefren y Micerinos y la misteriosa Esfinge. Recorrer cada uno de los museos, mezquitas y suburbios es ir al encuentro de un pasado increíble y mágico.

Pero debemos retornar al presente. A mi regreso a Madrid a mediados de 1963, permanecí algunos meses recorriendo Toledo, Alcalá de Hena-

res, Salamanca, Ciudad Real, Málaga, Sevilla, Granada y numerosos lugares que no cabe enumerar en esta reseña autobiográfica. Antes de volver a Chile asistí a un Congreso de Escritores, realizado en la ciudad medieval de Avila y entre visitas a museos y sitios históricos conversamos sobre literatura hispanoamericana de las últimas décadas. Diserté sobre "La nueva poesía chilena" prácticamente desconocida en España.

XIII. Llegué a Chile en septiembre u octubre de ese año, en situación bastante desmedrada, pues la Universidad me había negado el permiso para disfrutar de la beca. Mientras estuve en Europa la editorial Fondo Educacional Moderna había publicado "*Poetas Españoles Contemporáneos. Antología y Estudios Estilísticos*", fruto de mi interés por presentar una visión panorámica de los valores más representativos de la poesía española del siglo veinte. Constituye un intento por aplicar las teorías de interpretación estilística de Carlos Bousoño.

Después de diversas gestiones sin éxito, concursé al Liceo de Hombres N° 5 "José Victorino Lastarria" donde permanecí entre 1964 y 1968. En

1965 me trasladé a Talca para hacerme cargo de las Relaciones Públicas del Instituto de Educación Popular —IEP— entidad de vasta gravitación educadora y social en la zona y cuya dirección ejercía el P. Enrique Salman. A mediados de ese año fui designado subdirector del IEP, y en 1966 director de esa institución.

Alternaba actividades en ese organismo de promoción popular con las clases en el Liceo Lastarria hasta que en 1966 ingresé a la Universidad de Chile. Talca. Por lo cual debí abandonar prácticamente la docencia en Santiago.

En esos mismos años dicté clases también en la Escuela Normal Rural de Talca, dependiente de la Universidad Católica hasta que se creó oficialmente la Sede Regional del Maule de esa superior Casa de Estudios. Fui llamado entonces a dirigir el Centro de Estudios Pedagógicos cuya jefatura desempeñé entre 1972 y 1973. En el período siguiente 1974 y 1975 asumí la dirección del departamento Editorial, entre cuyas tareas más importantes me correspondió crear y dirigir la revista "*Maule. U. C.*" y diversas publicaciones. Mientras tanto en 1966 fundamos en unión de otros poetas de Talca la Sociedad de Escritores del Centro, que

ha pasado a denominarse más tarde, Sociedad de Escritores del Maule.

Paralelamente laboré en la Universidad de Chile en el departamento de Extensión y Comunicaciones como jefe del Área de Publicaciones y Director de la revista "Panorama Universitario".

Nunca he abandonado la actividad literaria. En 1970 di a la publicidad un nuevo libro de poemas "*El Huésped*", con prólogo de Vicente Mengod y en 1973 "*Poetas de la Región del Maule*", donde antologué a las figuras más representativas de la poesía de la Séptima Región. Dos años después publiqué "*La Novela Hispanoamericana Actual*", un breve estudio de introducción a los más recientes novelistas hispanoamericanos.

En la Universidad Católica Regional del Maule y en la Universidad de Chile. Talca, procuramos incentivar la creación poética y narrativa de los jóvenes, abriendo para ellos diversos Talleres de Poesía y Cuento, que ayudaron a descubrir algunos escritores en ciernes.

XIV. Entre 1976 y 1977 viajé a Bolivia en calidad de profesor visitante, para dictar clases en la facultad de filosofía de la Universidad Católica

Boliviana, en Cochabamba. En Bolivia hice amistad con escritores como Luis H. Antezana, esclarecido ensayista, fundador y director de la revista "Hipótesis", en cuya colección publiqué "*Autobiografía Minúscula*", con una presentación suya, y Eduardo Mitre, una de las voces líricas más altas de la joven poesía boliviana, etc.

A comienzos de 1978 regresé al país para reiniciar clases de literatura chilena, hispanoamericana y estética en la Universidad de Chile. Talca. En abril de ese año recibí una invitación de la Sociedad de Escritores Helénicos para asistir al Congreso Mundial de Escritores, realizado en Atenas. Diserté sobre "El aporte de Chile a la literatura de nuestro tiempo". Entre 1978 y 1979 sufrí la pérdida de mis padres, que fallecieron con una diferencia de meses. Pero en esta posta de relevos que es la vida, hemos continuado trabajando, escribiendo y realizando actividades culturales. Entre las numerosas distinciones y diplomas que generosamente me han concedido municipalidades e instituciones representativas de la cultura, sólo quiero hacer mención del honroso título de "Hijo Ilustre" que me confiriera la Municipalidad de

Curepto en 1971, con motivo del cuarto centenario de su fundación; la Medalla Lircay, otorgada por la Universidad de Chile. Talca, en 1979 y la Medalla de la Sociedad de Escritores Helénicos en 1978.

Hay un hecho, sin embargo, que también quisiera recordar; en 1973 un feliz encuentro con Jorge Valenzuela Parra nos indujo a editar un disco con cuatro poemas míos y con música e interpretación de ese compositor talquino, bajo el título de *"Poemas de Amor y Soledad"*, que ha sido el primer paso para que Jorge Valenzuela iniciara una valiosa labor de difusión poética y musical, con vates de la Región del Maule.

En 1978 la revista "Hipótesis" de Cochabamba publicó un pequeño ensayo que titulé *"Breve Introducción a la nueva poesía chilena"*.

En estos mismos días de 1981 aparecerá un nuevo libro de poemas *"Antevíspera"* con prólogo del escritor y ensayista Alberto Baeza Flores. Entre los proyectos inmediatos debo señalar la preparación de un gran *"Diccionario Bio-Bibliográfico y Crítico de Autores de la Región del Maule"*, que espero publicar en 1982.

XV. Creo que después de esta reseña autobiográfica debería referirme al menos someramente a la labor propiamente literaria. Desde los poemas juveniles de *"La Noria"* (1950) hasta los más recientes de *"El Huésped"* (1970), *"Autobiografía Minúscula"* (1977) y *"Antevíspera"* (1981) mi poesía muestra una clara preocupación por el destino del hombre.

El problema de la trascendencia del ser y la fugacidad del existir humano estructuran los temas centrales, que se expresan en diferentes metáforas y símbolos. En ese aspecto tal vez el motivo del viaje sea el más representativo y el que ha sido estudiado más acuciosamente por críticos y ensayistas como Vicente Mengod, Alberto Baeza Flores y Luis H. Antezana. Baeza Flores, en un comentario sobre *"Autobiografía Minúscula"* dice: "Siempre en esta poesía de Rafide está el viaje, está el viajero. El viaje en el poeta es el símbolo del tiempo, del transcurrir de la existencia. La vida es finalmente un viaje:

"Cierro ojos
para verme. Angel
de luto en los
andenes".

La vida es frágil como un sueño, es leve como la sombra de la cortina a la que mueve la brisa de la mañana”.

Refiriéndose al mismo libro, el crítico boliviano Luis H. Antezana expresa: “La poesía deviene en sus manos una forma tenue —pronta a desaparecer— donde se cifran las tensiones entre lo pasajero y lo permanente, que definen a lo singular aquí, aquello que pasa y momentáneamente fulgura es el poema mismo y con él, las frágiles intensidades de las cosas y de los seres”.

Vicente Mengod a su vez señala: “Rafide no acepta las palabras secundarias, sin función específica. Porque la poesía no desciende, inútilmente, de la charla. En sus cantos, el tiempo: ¿memoria y duración? se convierte en la metáfora que informa la primera realidad del hombre”.

“DEVORA EL MAR HOJAS DE ABRIL”

“Devora el mar hojas de
abril que fosforecen
el ayer entre monedas sumergidas.

Huesos en lenta espera
relampaguean foscas islas.

El tiempo invade a solas
mi camisa recién inaugurada.

Los años resbalan
como navajas en la tierra.

Por el río navegan
fantasmas con mástiles
de muertos. Y en el desierto
mil palas cavan
la mortaja”.

Continúa Mengod: ¿Qué hay en esta obra tan ceñida. Acaso el estremecimiento existencial, nacido en los bordes mismos de las situaciones límites? Poesía que avanza sin lastre. Sin duda, hacia el silencio, reducto lírico en donde es posible escuchar los rúmores verídicos, esenciales”.

XVI. Nadie, me parece, escapa a las influencias culturales; de alguna manera recibí el influjo de la tradición cureptana y a la vez el aporte ancestral del Oriente Medio.

Baeza Flores dice al respecto: “Hay una sutil melancolía en Rafide que parece reunir la filosofía

desencantada de los poetas del Medio Oriente y del Oriente Planetario, con cierto sentencioso desengaño, desasimiento milenario, chileno que sube desde raíces antiquísimas también, porque todo es transitorio y la vida misma tiene algo de frágil juego”.

“HIJO”

Se desprende de un sueño.
Camina entre niebla
y transparencia hacia la
plenitud terrestre.

Oh extraño viajero
que juegas con pompas
de jabón a las estatuas”.
 (“Extraño Viajero”).

Poesía y vida forman una simbiosis indestructible. Una y otra se interrelacionan entrañablemente. La poesía desarraigada de la existencia se vuelve anémica y desdibujada. Viene a ser un mero juego de pirotecnia verbal, un vano artificio de colores o de estereotipada perfección externa. Es decir, la expresión de un arte inauténtico, marmóreo.

La existencia sin el soplo mágico de la poesía se vuelve tedio y sombra, que oprime y asfixia con su pesada mano de angustia y desesperanza.

Poesía y vida son en síntesis dos caras de una misma moneda; espíritu y materia, cielo y tierra; se unifican y confunden en el horizonte del amor y de los sueños.

“COMBATE DE LA AUSENCIA”

Infatigable
lluvia esfuma
oscuros gestos.

Emergen
sonrisas favorables
que desbordan ojos
sin memoria. Vienen
a fecundar la muerte.
Y arqueros sin pasado
a combatir mi ausencia.

XVII. En diciembre de 1980, la Academia Chilena de la Lengua me honró con la designación de Miembro Correspondiente en Talca.

Entre las preferencias literarias debo señalar algunos clásicos Griegos y Españoles, sobre todo autores del Siglo de Oro: Quevedo, Góngora y San Juan de la Cruz; entre los contemporáneos: Antonio Machado, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Blas de Otero, etc.

Si hubiera que decidir entre los latinoamericanos elegiría a los poetas: César Vallejo, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Ernesto Cardenal; los novelistas: Gabriel García Márquez, Mario Benedetti y Julio Cortázar.

Entre los autores europeos y de habla inglesa a: Graham Greene, John Dos Passos, Elliott, Faulkner, Dostoievsky y Paul Valéry.

Los autores chilenos que más admiro y aprecio son: Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Manuel Rojas, María Luisa Bombal, Miguel Arteche, etc.

XVIII. A muchos críticos y ensayistas debo agradecer sus generosos comentarios: Andrés Sabella, Francisco Donoso y Benedicto Chuaqui, quienes me alentaron en los difíciles días del aprendizaje literario; Vicente Mengod, Alberto Baeza Flores, Fidel Araneda Bravo, Francisco Santana, Alfredo Lefebvre, Jorge Hübner Bezanilla, Angel

Cruchaga Santa María, María Carolina Geel, Alfonso Larrahona, Francisco Mesa Seco, Augusto Santelices, Gonzalo Drago, Lautaro Yankas, Víctor Castro, Raúl Morales Alvarez, Carlos René Correa, Félix Miranda Salas, Samuel Baeza, Enrique Villablanca, Ernesto Vásquez Méndez, Juan Antonio Massone, Ruth Eliana Merino, Edgar Pertramón, Alfonso Calderón, Hugo Montes, Héctor Leiva Oyarzún, Magali Daudet, Hernán Poblete Varas, Hernán del Solar, Adolfo Simpson, Braulio Arenas, Pablo Cassi, Miguel Angel Díaz, Alberto Arraño, Antonio Cárdenas Tabies, Federico Tatter, José Vargas Badilla, Enrique Neiman, Luis Agoni Molina, Carlos R. Ibacache, Ramón Riquelme, Víctor Franzani, Sergio Bueno, Hernán Matta Manzano, etc.

Entre los extranjeros, a Vicente Aleixandre, Joaquín de Entrambasaguas, Carlos Bousoño, Dámaso Santos, José García Nieto, Luis Jiménez Martos, Fernán Silva Valdés, Arturo Capdevila, Alberto Rivas Bonilla, Luis H. Antezana, Esteban Fayad, Mario Marcilese, Cándido Geron.

XIX. Finalizaré este *Quién es Quién* en las letras chilenas con algunas referencias personales:

mi familia está formada por mi compañera Ana Walmi y tres hijas: María Soledad, Carol Jéssica y Karin Verónica, de quienes expresé en la dedicatoria de "*El Huésped*":

"Espejos que regresan con mi sombra hacia el ojo de Dios".

Ellas me acompañan en las actividades culturales de la provincia.

En "*Dos Olas*", poema dedicado a Marisol escribo:

Mi hija en la penumbra. Tiene
llaves ocultas en el sueño.
¿Qué vientos soplarán
en primavera?

¿Sombras ascenderán
por ventanas de su pequeño
cielo?

Sus ojos adivinan
los años sigilosos. Ráfagas
de un ayer incierto.

¿Se fugará la tierra
algún día?

No todo acaba en el río.
Dos olas el mismo
mar tumbará luego en
la orilla.

XX. Me hubiera gustado permanecer más tiempo en el valle natal. Soy una persona relativamente conforme con la vida —la satisfacción plena es imposible—. Sólo hubiera deseado disponer de mayor tranquilidad para dedicar más horas a la faena literaria.

He vivido atiborrado de clases y ocupaciones secundarias, sintiendo la angustia de no encontrar la soledad fecunda, no aquella egoísta o misógena, sino el ocio creador, libre de horarios y reglamentos, de reuniones improductivas o permanencias frustrantes.

Con sencillez y espontaneidad, he tratado de decir QUIEN SOY. Más que un nombre que aspira a la historia literaria de Chile, un hombre que vive, ama y sufre, que procura desprenderse de una

innata timidez para estrechar las manos y el corazón de cada uno de ustedes, queridos amigos. Por su compañía y amable comprensión, mi afecto y honda gratitud.

Santiago, junio de 1981.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado
los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez



COEDICION

ZAMORANO Y CAPERAN

LIBRERIA Y EDITORIAL

EDITORIAL NASCIMENTO